

CONTRA CATALUNYA  
Una crónica

Arcadi Espada

Nota: Esta versión difiere ligeramente de la publicada por Flor del Viento en 1997

## OCHO

--¡Fora, deixeu-me, sortiu, fora d'aquí! ¡Vull estar sol!

Soy sensible a los gritos. Un tipo grita cuando busca ayuda en los demás, sacar fuerzas de flaqueza o cuando llama inútilmente a la razón, creyendo que la razón se ha vuelto sorda. Un grito es una debilidad --como un puñetazo-- y la debilidad y la cobardía causan grandes molestias y grandes desgracias. En la redacción de un periódico no debería gritar nunca nadie: se trabaja con el grito de afuera y conviene evitar las redundancias. Mi director de entonces, Josep Pernau, maestro de periodistas, no solía gritar demasiado. Al menos yo no lo había visto en este trance. Lo había visto, eso sí, nervioso y desamparado, pero del desamparo solía extraer un brote de sonrisa más tierna que cínica con el que de inmediato se ganaba un trozo de afecto. Esa noche, sin embargo, estaba aterrorizado. Mal asunto. Un director no debe llevar el miedo como quien lleva una corbata. Lo siento, pero no deben ser hombres como los demás. Su nómina no es la de los demás. La cobardía provoca grandes desgracias, ya lo he dicho. La cobardía es el principio de la degeneración: "Un rosegó de pa, un got de vi, el vi, el vi dels pobres ¡Plantar

cara a la vida!" Esos versos de Estellés --no deben de ir así, pero así yo los recuerdo ahora-- me animaron siempre mucho. He tratado de seguirlos, con fortuna muy diversa. ¡Plantar cara a la vida! Poder plantar cara a la vida. Ese tipo de postal romántica es muy de mi gusto. Me sucede lo mismo con *El Pi de Formentor*, de mosén Costa i Llobera, que Maria del Mar Bonet cantaba como si el viento de invierno, una navaja, soplara entre el esmalte de sus dientes. Maria del Mar: ha acabado rebozada en sus melismas, enfarinada, aburrida de sí misma; ha acabado maquillándose como una condesa y pidiendo --¡dónde su adusto orgullo legendario!-- que le pongan los discos por la radio, que todo lo cantan en inglés. No desespero, sin embargo: aún acabaremos organizando una excelente vejez. *El Pi de Formentor*, o *La canción del Pirata*, de Espronceda: la recitaba de arriba abajo puesto en pie sobre una silla. En todo eso hay un hombre resistiendo. Me gusta esa premisa. Discutirlo todo a partir de esa premisa. No ha sido posible. Empezamos a leer: cuando vimos que nunca seríamos héroes, ni tan sólo el mortecino héroe de Estellés --de acuerdo: una habitación amarilla y desconchada, un casco de cebolla donde se come, se ama y se duerme, pero un lugar también donde un hombre se alza veteado de vino rojo-- entonces empezamos a discutir sobre los héroes, sobre su necesidad y su valor. Y una vez discutido nos vertimos en el antihéroe, que es la base de nuestra irónica civilización: un hombre ruin y tranquilo.

Josep Pernau temblaba.

--¡Haig d'estar sol!

Y se oyó un portazo.

Josep Pernau estaba sentado delante del televisor. A las ocho de la noche de un día del año 1987. Noche de elecciones municipales. TV-3 estaba anunciando que Pasqual Maragall iba a perder la alcaldía de Barcelona. Entonces todavía se creía en los sondeos. Hasta tal punto se creía que los diarios acabaron perdiendo la sensata tradición de titular con alguna prudencia condicional las encuestas prelectorales que publicaban. Donde antes podía leerse, por ejemplo, *Un sondeo de Demoscopia prevé la victoria de Maragall* ahora se leía sin más problema *Maragall ganará las elecciones municipales*. Así se fue creando una convicción invencible en la fiabilidad de las proyecciones estadísticas, que ha tenido repercusiones muy diversas en los resultados electorales. Y también en la forma de gobernar. Y, por supuesto, en la forma de hacer los periódicos. Ultimamente, la realidad se ha tomado alguna venganza escandalosa y ha devuelto a los sondeos a su condición natural: una más de las indecisas formas de saber lo que pasa: ni única ni principal ni incuestionable.

En 1987, sin embargo, la catástrofe demoscópica aún no se había producido y Josep Pernau temblaba ante la posibilidad de que Pasqual Maragall perdiera las elecciones y con ello se acabaran las esperanzas de consolidar el renacimiento del *Diari de Barcelona*, que desde marzo estaba en la calle gracias al apoyo espiritual del ayuntamiento de la ciudad y al dinero de Antonio Asensio, del grupo Zeta, y de la Organización Nacional de los Ciegos de España. El apoyo

del ayuntamiento a ese proyecto --que pretendía para la ciudad algo que todavía no tiene: un diario de izquierdas-- no fue mucho más que retórico. Asensio se largó en la primera oportunidad que tuvo y después se largaría la ONCE, sin que fuera posible que el *Brusi* alcanzara los doscientos años de existencia<sup>5</sup>. Pero era verdad, entonces, cuando Pernau estaba echando de su despacho a un puñado de redactores tan asustados o más que él, que sólo el triunfo de Maragall podía garantizar aunque fuera por el momento la viabilidad del periódico. Al fin y al cabo, la reaparición había sido un proyecto suyo en el que se mezclaban un obvio interés político y una recurrencia sentimental muy propia de la cosmovisión maragalliana: El *Brusi* había sido el diario de su abuelo, el diario de *La ciutat del perdó*, el diario de la ciudad de Barcelona. Todo ello sumado a la bonanza financiera del tiempo --aquel tiempo en que España era el mejor país del mundo para enriquecerse rápido, es decir, un casino más que una re-pública, y Barcelona la áurea sede de los Juegos Olímpicos del 92-- facilitó la reaparición del diario.

El *Brusi*, de inmediato emparejado con el diario *Avui*, añadía otra imagen a la presuntas dicotomías de la sociedad cultural y política catalana. Había --y han seguido formándose-- otras parejas de ese tipo: revistas (*El Món/El Temps*);

---

<sup>5</sup>El *Diario de Barcelona*, decano de la prensa continental, fue creado en 1792. En el siglo XIX fue adquirido por la familia Brusi y de ahí el nombre con el que era conocido popularmente.

teatros (*El Lliure/Flotats*); emisoras de radio (*Catalunya Ràdio/Com Ràdio*); canales de televisión (*Circuit Català de TVE/TV-3*). Y aún podrían buscarse más ejemplos, aunque con matices, en el sistema editorial, en el universitario, en el de las infraestructuras culturales y hasta en el del patriotismo, con la oposición *Cataluña/Barcelona*. En la gran mayoría de casos, sin embargo, se trataba de dicotomías claramente desproporcionadas en cuanto a los recursos disponibles y la capacidad real de influencia de unos y de otros. Ahí ha estado una de las claves --una clave clásica-- que permite explicar la hegemonía nacionalista: la representatividad de los sectores refractarios al pujolismo siempre fue muy superior a su capacidad de expresarse en la escena mediática catalana o de influir en el discurso, digamos estructural, de Cataluña. Pernau pensaba en el diario que dirigía, y pensando se quedó solo y encerrado en el despacho. Yo me di una vuelta por Rialto y por mi vida --cuándo trabajaría en un lugar donde dependiera de mí mismo, de mi acierto, y no del blanqueo económico o político-- mientras fingía hablar por los pasillos con los que salían al paso. El temblor aritmético de ese sondeo hacía temblar nuestras biografías y hacía temblar también una de las dicotomías catalanas más excitantes y donde la dureza del combate político e ideológico presentaba un mayor --aunque relativo-- equilibrio. Se trataba de la dualidad institucional entre la Generalitat y el Ayuntamiento de Barcelona. En juego estaba la preservación de una zona de sombra bajo el sol pujolista.

La campaña había sido muy bronca, estomacal. Maragall luchaba contra un tipo muy duro, un tipo que se dejó la piel en aquellos días y que no se recuperó jamás de semejante brega: por la dureza y por la decepción. Yo lo seguí por las calles en algún momento y me impresionó su esfuerzo. Aparentaba ir solo por la ciudad, nada más que con su chófer y un mínimo equipo visible. Todas las informaciones insistían en ello. En esa soledad. Josep Maria Cullell estaba haciendo --decíamos: yo también lo decía-- una campaña al margen de un partido y un líder que no acaban de confiar en él. Tal vez fuera cierto. Pero nunca pude comprobarlo. En la actividad periodística se instalan con facilidad ese tipo de idées reques. Nadie sabe de dónde surgen, nunca hay datos o razonamientos que las prueben. Hay que tener mucho cuidado con ellas, porque, además, suelen presentarse con un ropaje contradictorio con su verdadera intención. Que Cullell estuviera solo perjudicaba en apariencia a su candidatura: si un hombre no recoge la fiabilidad de sus compañeros, cómo va a recoger la fiabilidad de los electores: era un razonamiento aceptable. Y quizá verdadero, no lo sé. Sólo sé lo que vi: que la derrota de Cullell no quedó en el imaginario colectivo como una derrota de Convergència y mucho menos como una derrota de su líder máximo, empeñado, y fracasado, en su intento de conquista de Barcelona --de ahí que su apoyo, tal vez muy sólido, tal vez muy real, hubiera de tener alguna veladura pública-- y sé también que el candidato se benefició de su imagen solitaria. Inspiraba solidaridad y hasta compasión --yo así lo vi por las plazas-- y de todo eso

estuvo a punto de inspirar en demasía. Hay gentes que decían que el rubio Cullell era un paquete. Nunca me lo pareció: ni en 1983 y 1984 cuando negoció el sistema de financiación autonómica con Josep Borrell --de los problemas de ese sistema ninguno de los dos era responsable--, ni en el discurso muy intenso y muy potente de su campaña municipal de 1987. Aquel discurso no tenía nada de bonito. Era un discurso patizambo, sudoroso y sin escrúpulos; era el nítido discurso del *malvado*. Los socialistas estaban asombrados y a mí me divertía mucho ese asombro. "¡Le ha llamado borracho!" repetían. "¡Le ha llamado cocainómano!", acto seguido seguían. Nada de lo que le decían a Maragall era inocente. Fuera diseñado deliberadamente o fuera la mera exudación de un punto de vista, se trataba de un discurso al hígado. Su estilización poemática fue aproximadamente ésta:

Hemos de advertir  
que cuatro señoritos burgueses y de izquierdas, la peor forma  
del señoritismo, lo sabéis,  
van a repartirse la ciudad.  
No os engañen las apariencias:  
en sus casas hablan castellano  
como lo hablaron siempre.  
Son en realidad las familias de siempre,  
vestidas con la ropa de conveniencia.  
Son modernos, lo sabéis,  
y sabéis de qué modernidad se trata:  
plazas duras, inhumanas, sacrificadas a su  
e





saber si aquel hombre otrora aterrado exponía la alegría del triunfo o la alegría del título que acabarían inscribiendo al día siguiente en todas las columnas posibles del periódico. Yo estaba contento por mi sueldo y por mi futuro y por el sometimiento de la reacción. Sobre los años y sobre el desarrollo, siempre modesto, de mi inteligencia, pude comprobar después que la reacción era mucho más vasta y su sometimiento mucho más meritorio. No se trataba sólo del pundonoroso Cullell, ni de Convergència siquiera. Todo eso no era más que el resultado de una mera inspección ocular de las cosas: en realidad era algo mucho más rancio y profundo lo que había sido parcialmente, temporalmente sometido.

En realidad se había conseguido someter al suc.

La fonética no debería confundir a nadie. El suc<sup>6</sup> estuvo en el Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC) durante mucho tiempo: no fue enteramente el PSUC, pero proliferó en él y no desapareció con él. Desde los años sesenta, que es lo que mi vista no demasiado buena alcanza, el suc ha sido la expresión de la corrección política catalana. ¿De qué trata? Es un gregarismo, para empezar: hablo, por ejemplo, del "Entre tots ho farem tot", ese lema donde la solidaridad no se concibe sin la adhesión. Es una conspiración: en los lóbregos sótanos de Castilla o del Departamento de Estado

---

<sup>6</sup>En castellano, *jugo*. Una de las dos formas abreviadas --la otra es *pesuc*--, de nombrar al Partit Socialista Unificat de Catalunya, el partido que fue de los comunistas catalanes, fundado en plena guerra civil y cuya actividad fue durante la posguerra la señal más evidente del antifranquismo.

alguien trabaja día y noche contra nosotros. Se trata de una unidad: del socialismo unificado de Cataluña, de la convergencia democrática de Cataluña, de la asamblea de Cataluña, de Cataluña, en fin. Se trata de un movimiento más que de un partido, de una plusvalía, de algo más, siempre, que de lo que se trata. Es una autoridad a la que se debe culto. Es una razón, la de la Historia o la de la Patria. Es un antifranquismo siempre vigente. Es una colocación segura: en la Administración, en la Universidad, pero sobre todo es una colocación en el lado correcto de la vida, que es un lado dinámico y que siempre estará allí donde estemos nosotros. Es una tolerancia, porque el que tolera es siempre un superior. Una integración, es decir una demolición. Un intelectual orgánico, es decir, la estupefacción ante la disidencia, la negación de la disidencia. De un olor a col hervida se trata. De un lenguaje: de una *valoración positiva*, de un continuo pleonasma. De una militancia, es decir, de un lobbysmo: de cada cual según su capacidad, pero a cada cual según mi confianza. De una anunciación: el paraíso vendrá. Se trata de un odio profundo, ontogénico, a Josep Pla.

Estuve en el PSUC. Entre 1976 y 1979, creo recordar. Me temo que también estuve en el suc, creo recordar. Tenía 19 años y estaba a punto de iniciar un largo --y grotesco-- viaje periodístico por España. Había decidido militar en el partido y estaba ilusionado por que me dieran un carnet que llevara esas siglas: pensaba que durante el viaje ese carnet me iba a abrir muchas puertas --el suc, nítido, el suc-- y por eso daba prisas a Manuel Vázquez Montalbán y a Albert

Viladot, que fueron mis padrinos, para que acabaran de formalizar los trámites, que me iba. Ni Viladot ni MVM entendían esa angustia de carnet y aún recuerdo a Viladot asegurándome --lógico, venía de la clandestinidad-- que él nunca había tenido carnet y que nunca lo había necesitado. Al principio quedé adscrito a la sección de periodistas del partido. Pero aquello era inoperante y me fui al barrio --Gràcia entonces: of course, yo era ya un progre emancipado--, donde pasé un par de años rodeado de buena gente, con propósitos razonables, haciendo política y trabajando para el barrio hasta que un cambio en la organización interna de la agrupación del partido, contra el que yo había luchado estérilmente, me descolocó y me dejó sin nada que hacer allí. Devolví el carnet con una explicación irrevocable, y seguí votando y compartiendo el PSUC hasta que se pudo.

Poco a poco, aunando fragmentos de la experiencia, descubrí el suc. El suc gobierna Cataluña desde la transición política y gobernaba la élite antifranquista desde los sesenta. Por supuesto que hay pruebas muy vistosas de todo ello. Hay la posibilidad de observar cuántos cargos de la administración de la Generalitat, de las universidades catalanas, de los colegios profesionales, de las editoriales, de los medios de comunicación han seguido en el suc, aunque ello les haya supuesto la obligación de cambiar de partido y mutar el viejo e hibernado PSUC en Convergència. En este partido es donde el suc ha encontrado su medio de desarrollo más favorable, pero hay suc en el Partido Socialista o en Esquerra Republicana o en la propia heredera del PSUC,

Iniciativa per Catalunya. El suc es el líquido amniótico de Catalunya: mece lo políticamente correcto y lo desborda hasta lo nacionalmente correcto. El suc es la savia del frondoso árbol de Convergència y será la savia del Olivo, tal como escucho que ese árbol quiere nacer, con qué ambición y con qué gente, con qué justificación y con qué propaganda. Hasta ahora ese jugo ha perdido sólo una batalla electoral relevante: la que consiguió que Pasqual Maragall continuara en la alcaldía de Barcelona, la que estuvo a punto de acabar con la salud de mi director de entonces. Fue de un tris, de un agónico tris. Podía parecer incomprensible que esto pasara con el hombre que había izado la ciudad desde el Titanic descrito por Azúa --una confrontación de imágenes, pero una confrontación real--; que un hombre que había tenido --noche feliz de octubre 1986: treinta años exactos después de la de Gil de Biedma-- el acierto de saltar de alegría, envuelto en un gabán iluminado por los rayos del sky line de Montjuïc, mientras toda la ciudad y toda Cataluña lo miraban seducidas y el único tipo infeliz --era un tipo de hombre-- parecía ser aquel que aplaudía resoplando a su lado, con el hosco ceño fruncido --sólo por aquel ceño perseverante e inenarrable ya valía la pena asilar por quince días tanto músculo y tanto dígito--; que el primer hombre, desde los tiempos... ¿desde qué tiempos?, que había osado en Cataluña exponer al aire su alegría --una alegría que nada tenía que ver con las alegrías públicas habituales que se dan en el país: en toda alegría colectiva siempre hay aquí una carcajada que va contra alguien--: que ese hombre ganara por los pelos las elecciones

municipales de meses después, abierto como estaba el futuro y muy vigorosa la esperanza, ese tris, en fin, era incomprensible. Pero es que entonces no habíamos aislado todas las características propias del suc. No entendíamos por qué jóvenes profesionales --jóvenes periodistas, pongamos--, en la flor de la vida, en posesión de todos los recursos de su inteligencia se miraban el presagio olímpico con un aire mustio, de muy acabado poeta romántico, entre la tuberculosis y l'ennui y la primera palabra era una advertencia, un cuerpo a tierra: "Vas a ver tú qué especulación". No entendíamos la risa --una risa moralmente barriobajera-- que les daba al comprobar el efecto que el muro de Richard Serra<sup>7</sup> había causado entre la población de un barrio periférico: "Ve con vanguardias a los obreros", decían, ellos justamente que se habían llenado la boca en lo antiguo con la posibilidad de llevar el arte al pueblo, aunque quizá se estuvieran refiriendo, y eso lo supimos años después, a la posibilidad

---

<sup>7</sup>La urbanización de la plaza de La Palmera en Barcelona fue una de las primeras obras del ayuntamiento democrático, elegido en 1979, y encabezado por Narcís Serra. Esa urbanización contó con la instalación de un muro que dividía la plaza en dos mitades, obra del norteamericano Richard Serra, ni especialmente vulgar ni especialmente afortunada, que originó críticas --explícitas o no, pero siempre muy reaccionarias--, en sectores de la izquierda tradicional, anticipo de las que algunos meses después se desencadenarían en torno a las llamadas *plazas duras*.

de que el señor Benet i Jornet, el señor Sergi Belbel y otras vanguardias de la escena catalana escribieran culebrones para la televisión. Ni entendíamos, mucho menos, cómo habían sido capaces de exigir que se mataran cañonazos a moscas, es decir, de culpar al alcalde de una ciudad provinciana e impotente de que un puñado de sus vecinos no pudiera salir de la mala vida, ni escupir el seis doble que les ahorcaba: hablo de aquella campaña, del *Aquí hi ha gana*, gracias a la cual pudo asistirse al fascinante espectáculo de ver al candidato de la derecha --la derecha que gobernaba Cataluña-- cómo reprochaba al candidato de la izquierda que el hambre avanzara en Barcelona como la marabunta en la selva tropical. Ni entendíamos el suc donde mojaban el verso los poetas de la gleba: de ellos ya hablé antes. Ni supimos el escozor que puede llegar a causar el optimismo en el otro, la excesiva evidencia de la felicidad del otro: el suc también es líquido de ortigas. Por no entender no entendimos su tenacidad en mostrarse zafios ante el mundo, en insistir en su estética desaliñada, esos años en que fuera por lo que fuese, yo no lo puedo saber todo, mucha gente en Barcelona empezaba a vestirse con sentido común y demostrando una festiva voluntad de ganarse al que mira y pasa.

Por fortuna, levísima, la mueca del malhumor no prosperó.

Fue en el año 1987, en aquellas elecciones, cuando Barcelona se jugó los Juegos. Los Juegos que fueron, que acabaron siendo. En los proyectos del suc nunca habían entrado los Juegos Olímpicos. No podían entrar de ninguna

forma. Desde su origen ya estaban viciados. Los Juegos habían venido a Barcelona de manos de un franquista, de un hombre al que hacía menos de diez años se le cantaba en la plaza del autogobierno ¡Samaranch, fot el camp! --les hizo caso: se largó, desde luego, bien que se largó, para dejar años más tarde y en forma de muy suave venganza, la lotería más benéfica de la historia de Barcelona y para presidir de paso la Caixa de Pensions, que es la presidencia efectiva de la generalidad de los catalanes. El suc está incapacitado para comprender las carreras individuales. En realidad, está incapacitado para comprender al individuo, para acceder con seriedad a la vida de un hombre. El suc nunca podrá comprender --se lo tragaron, muy al final, pero nunca podrán comprenderlo-- la paradoja de que Samaranch, el mismo hombre que había edificado Ciutat Meridiana --ese horrible polígono en la entrada norte de Barcelona: alto emblema de la bajeza-- , permitiera a Barcelona emprender la renovación urbanística más importante del siglo. Habría preferido, el jugo, que el mundo reconociera la vocación deportiva de Barcelona, su longeva tradición, la Olimpiada Popular y demás, todas esas efemérides tan limpias y tan bonitas, tan decentes. Pero por lo que el mundo --es decir los miembros del CIO-- se sintió realmente conmovido fue por el lugar de nacimiento y por las insinuaciones suavísimas de su presidente, un hombre como ellos<sup>8</sup>. El suc, por definición, es ahistórico. La historia,

---

<sup>8</sup>En *Autorretrato sin retoques*, las excelentes memorias de Jesús Pardo, hay una descripción del franquismo tan dura como inteligente. Una descripción que lejos de poner el acento en



por él contada, va de gloria a gloria, de derrota en derrota, y en medio hay siempre un largo túnel. La historia de Cataluña, en sus labios, es una perpetua noche oscura del medievo. El suc se frotaba los ojos alucinado ante la posibilidad de que alguien hubiera podido hacer su vida y su esplendor, a tientas, en la larga noche franquista. Y le repugnaba que buena parte de los catalanes --amnésicos-- se entregaran ahora a disfrutar de esa gloria bastarda, impura. Era incapaz de comprender algo muy preciso: que la vida de los hombres y de los pueblos está teñida de azares y deliberaciones muy impuras y que en el estiércol florece una imprevista belleza. El suc nunca estuvo dotado para la complejidad, para entender la complejidad de una vida

---

el lugar común --y falso-- de la maldad intrínseca del sistema acude, como no puede ser de otro modo, a las conductas individuales. Es decir, allí donde la honradez dialoga con la corrupción. Es en esa descripción de las conductas donde cabe mirar si es que se quiere ver algo. De este modo uno puede escandalizarse, sin duda ninguna, por el comportamiento del cuerpo diplomático español en la Gran Bretaña, que al decir de Pardo obtenía la renuncia de muchos diputados británicos a poner en apuros al régimen franquista, mediante la contrapartida de chalets en la Costa del Sol, viajes sin límites de gasto o dinero contante y sonante. Era un comportamiento aborrecible. No sé si más el de los diplomáticos o el de los diputados británicos, democráticamente electos y laboristas muchos de ellos.

particular. El nacionalismo, que es uno de los componentes principalísimos del suc, es también y sobre todo eso: un sumario tiralíneas: la necesidad de decir, por ejemplo, Cataluña para no tener que afrontar los detalles y verse obligado a hablar de los catalanes, esa pluralidad sospechosa y tan poco manejable.

Perdieron. Aquella noche perdieron. Yo pude irme a casa de madrugada sabiendo que el aterrorizado Pernau descansaba en la paz de la victoria. Pude dar un rodeo de madrugada, como me gustaba darlo en mi precaria moto de entonces, un rodeo por la ciudad siguiendo la sentencia de aquellas noches en que estaba muy cansado y muy contento y la moto en marcha y el viento me decían al oído, no temas, eres inmortal.